

chaba directamente á la expresion de uno solo, ganando en energía y vigor lo que perdía en variedad é interes. La admiracion y la indignacion eran los que se avenian mejor con su temperamento de poeta ; y por eso son su obra maestra las odas *A Ciro Field*, *A Lincoln*, *A la caída de Varsovia ó de Misolonghi*, alguna otra por este estilo, y un hermoso canto al *Trabajo*, que premi6 ayer el Liceo de la Habana en sus Juegos Florales de 1867. El pobre Luáces no pudo vivir bastante para recoger el premio que se le otorgaba ; pero al leer esa composicion, que debe ser la última que escribió, que es el canto del cisne, todos dirán, que la última palabra del poeta fué digna de su carácter, de su talento y de su vida entera.

Habana, Enero 1868.

WILLIAM H. SEWARD.

El mes de Setiembre de 1876 fué en Nueva York el mes de las estatuas ; el día seis se descubrió una de Lafayette, y el veinte y siete otra de Seward, ex-Gobernador del Estado de Nueva York, Senador de los Estados Unidos, y principal Secretario durante los ocho años de la Presidencia de Lincoln y Johnson. La de éste se encuentra en la esquina sud-oeste de la Plaza de Madison, el lugar tal vez más concurrido y hermoso de la ciudad. Es de bronce, como todas las demás de esta metrópoli, donde el mármol no se usa para ese género de monumentos ; en primer lugar, porque es material mucho más caro ; en segundo, porque en esta nuestra edad metálica, el bronce concuerda quizás mejor con el carácter general de las costumbres y las instituciones.

La estatua, bajo un punto de vista artístico, es mala, muy mala, casi merecedora de ser puesta al lado de las de Lincoln y Washington que aparecen en otra plaza. Es la más grande de todas ; la figura sentada mide diez piés de altura, y si nos la imaginamos

poniéndose de pié, tendria trece de estatura. Los pantalones son el detalle más saliente del conjunto, porque aparece con una pierna cruzada sobre la otra. La mano derecha cae á un lado, y conserva todavía la pluma con que acaba de escribir. Ha debido estarlo haciendo por muy largo espacio y haberse cansado mucho de estar doblado, porque la parte superior del cuerpo aparece ahora derecha como un huso. Tiene una capa por detrás, en el respaldo de la silla, ignoramos con qué objeto. El bronce es dorado, ó por lo ménos de un amarillo claro, lo cual entre el verde de los árboles produce un efecto desagradable; pero el tiempo se encarga de corregir este defecto. El pedestal se compone de dos partes: la base, de ese granito comun americano que cambia de color cada vez que las lluvias lo mojan, y encima un gran trozo de mármol italiano de varios matices. La inscripcion contiene los tres nombres del agraciado, y sus tres empleos principales: nada más; por ahora al ménos.

Los discursos fueron vaciados en el molde habitual de esa clase de producciones, donde la cortesía alterna con el panegírico. Seward murió hace sólo cuatro años, tomó parte principal en las luchas políticas de la república, el partido á que se afilió existe aún con el mismo nombre y casi el mismo programa, y es difícil todavía para amigos y para adversarios juzgarlo con verdadera imparcialidad.

Un extranjero podria quizás hacerlo con mayores probabilidades de no dejarse extraviar por la pasion, y vamos á intentarlo.

Mr. Evarts, el abogado más notable hoy del foro de Nueva York, fué el orador de la ceremonia, el panegirista de la ocasion, y pronunció un discurso elegante y lleno de viva simpatía. De él tomaremos sólo la division que establece en la vida de Mr. Seward, en la cual distingue con exactitud tres períodos distintos. Hasta el año de 1848, fué casi exclusivamente un abogado, ó concretó sus servicios públicos al estado de Nueva York, su patria, y á su política interior. Desde 1848 hasta 1860, como Senador de los Estados Unidos, estuvo políticamente á la cabeza del partido liberal y progresivo, que preparó el país para la abolicion de la esclavitud. Decimos «políticamente,» porque á nuestro juicio Mr. Seward y sus amigos nada hubieran logrado, si el grupo odiado de los abolicionistas y las sectas unitarias de Nueva Inglaterra, no hubiesen predicado su ardiente cruzada contra la esclavitud de los negros; esos fueron los verdaderos reformadores y regeneradores del país.

En 1860 sufrió Seward el gran desengaño de su vida, la derrota de su candidatura para Presidente de la república, en la famosa Convencion de Chicago, donde fué designado Abraham Lincoln, á pesar de

que su rival contaba, desde el principio, con mayor número de adherentes.

Esas convenciones, que se celebran cada cuatro años en vísperas de la elección de Presidente, no tienen sanción legal de ningún género, no fueron previstas por los fundadores de la república, se componen de delegados informalmente nombrados por sociedades irresponsables; y sin embargo, ellas son las que escogen, y en realidad designan, la persona que ha de desempeñar la primera magistratura del país; y determinan, por medio del programa ó «plataforma» que redactan, la política general de la nación. La vigorosa disciplina, á que están sometidos los partidos, exige la aplicación de ese sistema, como único medio práctico de ejercer su poder. Hay, pues, tantas convenciones como partidos políticos organizados; y en ese año de 1860 se celebraron cuatro diferentes. Fué el año que precedió á la guerra, año de tempestades políticas, anuncios del horroroso huracán de sangre y fuego que en el siguiente debía venir. Tratábase entónces, por última vez en la arena de las discusiones verbales, las cuestiones entre el Sur y el Norte de la república; y los partidarios del Sur, divididos y discordes, aparecían ya víctimas de esa terrible alucinación que, según el poeta, ataca á los que van á ser víctimas del fuego del cielo.

El tercer período comienza en ese año de 1860 y

termina con su muerte, en 1872; en cuyo espacio prestó sus grandes servicios á la patria como Secretario de Estado durante toda la guerra civil. Después del asesinato de Lincoln, continuó en el mismo puesto, á despecho del abierto rompimiento que surgió entre el Congreso y el Poder Ejecutivo. El partido republicano, á que siempre perteneció, no oyó más sus consejos, y acabó él por quedarse solo. Su carrera terminó, pues, en un verdadero desastre; no volvió, á la caída de Johnson, á tener influencia alguna; se consoló dando un viaje al rededor del mundo, y murió en medio de relativa oscuridad.

No tenemos para qué ocuparnos de la historia de su vida mientras su carácter fué el de un abogado simplemente distinguido, aunque no eminente; ó estuvo ocupado solamente de cuestiones de política interior, que, á esta distancia, carecen de interés para todos nuestros lectores. El hombre, juzgado principalmente por los sucesos de los dos últimos períodos, gana mucho á los ojos de la posteridad, pues á esa época corresponden los actos más ilustres de su carrera. Fué un político hábil; poseyó á la perfección el arte de manejar asambleas y grupos de electores, sobresalió en una palabra en todas las sutilezas y prestidigitaciones que son parte importantísima de la política, y sin las cuales ni el talento ni la integridad pueden por sí solos obtener el triunfo. Pero esto no bastaría

para su gloria, ni para la gloria de nadie. Es un arte secundario y poco respetable, que trae provecho para quien lo sabe cultivar; pero que muchísimos otros, inferiores á él, han cultivado y cultivan con éxito idéntico ó mayor. Dejamos, pues, á un lado esta faz de su carácter.

Apénas entró en el Senado Federal, en 1849, dió muestras de su sagacidad política, declarándose resuelto á no votar concesion alguna en favor del partido ó de los Estados esclavistas. Previó vagamenté la guerra civil que debía surgir doce años despues: y en aquellos días, en que todavía contaban muchos con una pacífica solucion de las cuestiones pendientes, ó se abstenian otros por escrúpulos de conciencia de hacer nada que precipitase un porvenir tenebroso de sangre y de luto,—el rasgo principal de su carácter, es decir, la ausencia completa de escrúpulos, sirvió para ponerlo virtualmente á la cabeza de un poderoso grupo en el Senado y dar forma á una opinion, que comenzaba á cristalizar. En un discurso de 1850, sobre la admision de California como Estado de la Union, pronunció estas palabras, que sirvieron como mote de bandera despues; — «Hay una ley superior á nuestra Constitucion» — aludiendo á la ley de Dios. El gran argumento del Sur, fundado en la «constitucionalidad» de sus instituciones domésticas, quedaba de ese modo sofísticamente destruido. Más tarde, en

1855, abandonó toda reticencia y habló del «conflicto inevitable,» que veia venir, en virtud del cual, «más tarde ó más temprano, los Estados Unidos se convertirán en una nacion, ó toda ella con esclavos, ó toda ella con trabajadores libres.» Poco despues habló aun más claro, y dijo que ciertamente no sancionaria jamás con su voto el establecimiento de la esclavitud «en los territorios de los Estados Unidos, ni en ningun otro lugar de la tierra.» — Es innegable que expresiones como esta última, ó pruebas de sagacidad y de valor cívico como las dos primeras, deben bastar para hacer famoso á un hombre en su patria.

Por lo demás, nunca fué un verdadero orador. Hablaba bien, con facilidad; su exposicion era siempre clara, y su argumentacion poderosa; pero le faltaba el *quid divinum*: la imágen soberana, y el ardiente calor del gran artista.

Derrotado en la convencion de Chicago, mostró en el acto la elasticidad de su carácter, aceptando la situacion sin innecesarias y estériles recriminaciones, y prestándose á servir á las órdenes de su afortunado competidor. El buen sentido del pueblo americano comprendió, mejor que los amigos de Seward, que la crisis que se preparaba requería algo más que un político astuto y sagaz para ponerlo á la cabeza del país, que la honradez inquebrantable y la fijeza de propósito de un hombre como Lincoln, eran cuali-

dades más necesarias en aquel momento que la ductilidad y fertilidad de recursos y de tretas que distinguían á Seward.

En el primer escrutinio verificado en la Convencion, obtuvo Seward ciento setenta y tres votos, y Lincoln le seguía con sólo ciento dos. La mayoría debía ser de doscientos treinta y tres sufragios. Las sesiones fueron muy interesantes y dramáticas. Véase venir la tremenda crisis ; para conjurarla, si era posible, ó guiar al país en ella, si no quedaba otro recurso que afrontarla, Seward y sus amigos suponían que la eleccion no sería dudosa, y que se preferiría á un hombre oscuro, de aspecto y carácter extravagante como Lincoln, un estadista reconocido, un político avezado á las luchas de la vida pública, jefe de partido, é hijo del estado más importante de la federacion. El resultado fué, por tanto, un verdadero desengaño.

Fué nombrado Secretario de Estado ó de Relaciones Extranjeras por Lincoln ; comenzó la guerra y se puso varias veces en ridículo, profetizando el fin de la rebelion primero en sesenta dias, despues en noventa, y por último en seis meses. Pero vino en seguida la desgraciada cuestion del *Trent*, y las amenazas de guerra con Inglaterra, y la incontestable necesidad de ceder, devolver los prisioneros Mason y Slidell, y retractar la impremeditada aprobacion del atentado del Capitan Wilkes, — y aquí tuvo ancho campo el

Secretario Seward de lucir su habilidad, escribiendo un magnífico despacho, en que tomaba su revancha de la humillacion práctica del caso, y apareció ante los ojos del mundo como una especie de Curcio político, que sacrificaba su popularidad á las necesidades terribles del momento. En realidad, no perdió parte ninguna del favor popular, y ayudó magistralmente á la nacion á salir de un grave aprieto.

Dirigió la política externa de la república, durante los cuatro años formidables, con tacto y con éxito. Su talento de jefe de partido le sirvió eficazmente para reorganizar el servicio diplomático, exigiendo en los funcionarios unidad de miras, y presentándolos en todas partes como defensores de la causa federal y expositores de las razones por que debía triunfar la Union.

La fuerza de las circunstancias imponía irresistiblemente en aquellos dias el carácter de su diplomacia : evitar por el momento toda complicacion, discutir con templanza y dignidad, y reservar para más tarde la última palabra de la discusion. Así hizo, y así pudieron los Estados Unidos dominar la rebelion. Concluida ésta, vino el momento de cobrar todas las cuentas atrasadas, y la suerte reservó para entónces á Mr. Seward el triunfo más fácil y más brillante de su carrera.

El modo como por fin la guerra terminó cubrió de

gloria al Presidente y sus colaboradores. Para que fuese más completa y colmada la de Seward, en la misma noche y á la misma hora del 14 de Abril en que era asesinado alevosamente Lincoln en un palco del Teatro de Ford por un histrion fanático, penetraba otro asesino en el aposento en que Seward yacía enfermo de resultas de una caída de carruaje, y le asestó varias puñaladas, de que, por fortuna, pudo salvarse al cabo de una larga y penosa convalecencia.

Los Estados Unidos, despues de la guerra civil, se hallaban más fuertes que nunca, y ántes de que renaciesen los intereses pacíficos y la calma mercantil, debían dirigirse resueltamente al Emperador Napoleon III y exigir la evacuacion de Méjico por el ejército frances. La exigencia fué formulada con inequívocable energía, el soberano de Francia cedió en el acto, y ha podido decirse con verdad que la pluma de Seward derrumbó el mal afirmado Imperio Austro-frances en Méjico.

Ahí acabó su carrera. Los años que continuó en el poder fueron un triste y pálido epílogo. Sus antiguos amigos y compañeros lo abandonaron uno á uno; perdió todo género de influencia en el partido que habia formado y de que habia sido el verdadero jefe. El sistema político, que concibió y defendió para despues de la guerra, no fué el que aceptó la mayoría del Congreso. Si hubiese dejado el puesto cuando vió que

nada más podia hacer en él, ni para su gloria ni para la del país, la historia de su vida seria más completa y brillante. Pero su ambicion lo engañó esta vez; y desapareció sin poder dejar de sí, como los verdaderos hombres de Estado, como Richelieu, como Washington, como Cavour, una política nacional, fijada y definida, un camino trazado para ser seguido por sus sucesores.

EL
REPERTORIO DE UNA ACTRIZ

ADELAIDA RISTORI

I

MEDEA

LA hermosa figura de Medea, acaso el más brillante de esos inmortales caracteres trágicos que concibieron los griegos, los eternos maestros del arte, surgió el sábado ante nosotros, tal como en los sueños de nuestra imaginación nos la habíamos figurado. Dicen que es el papel que la Ristori escoge siempre para la primera representación, y lo comprendo, porque en su interpretación es preciso recorrer la escala entera del sentimiento dramático. El amor y el odio, la ternura maternal y la rabia de la venganza, la dignidad de la esposa abandonada y la furia de la mujer celosa: hé aquí en rápida enumeración los elementos de cada una de sus peripecias.

La tragedia de Legouvé es pálida, muy pálida si se compara con la de Eurípides; es la composición de un poeta moderno de tercer orden, al lado de la obra maestra del más patético de los trágicos griegos. Pero bajo un punto de vista teatral, por decirlo así, es una tragedia bien escrita, hábilmente dispuesta y hasta interesante. Para nosotros además tiene un mérito, en lo cual supera á las infinitas imitaciones que se han hecho del original griego, — reproduce fielmente, sin alterarlo ni amenguarlo, el carácter de la heroína tal como Eurípides lo concibió. La *Medea* de Séneca ha aprendido la filosofía estoica; la de Corneille es sobre todo una hechicera; la de Legouvé es la misma de Eurípides, esto es, nada más que la mujer abandonada, á quien su esposo y cómplice ultraja hasta lo más hondo de su alma, y que cegada por el amor, por la humillación y por los celos, concibe y ejecuta la más atroz venganza.

Estas dos faces tan diversas que componen el carácter de *Medea*, la ternura más exquisita por un lado y la violencia más salvaje por el otro; estos dos aspectos que la Ristori reproduce con tanta verdad, explican el entusiasmo y la admiración de toda la antigüedad por la gran mujer que creó Eurípides. A su imitación debe la poesía latina su obra maestra, la pintura incomparable del abandono de Dido por Eneas, ó, en otros términos, el cuarto canto de la *Encida*. —

¿Quiérese una última prueba de este amor de los antiguos por *Medea*? Cuando los asesinos enviados por Antonio alcanzaron á Cicerón que huía en su litera, leía el gran Romano la *Medea* de Eurípides, y cerró el libro para tender el cuello al furor de los sicarios. Dos versos en fin de esa *Medea* fueron las últimas palabras que articularon los labios de Marco Bruto ántes de su sublime suicidio.

Pero dejemos esto por hoy. Otra mujer, realizando el ideal poético de que estoy hablando, ocupa en este momento mi atención.

La Ristori es la mujer estatua, y estatua griega, íbamos á decir. Pero es demasiado poco, y queda muy pálido nuestro pensamiento. Es el arte completo de la estatuaria. Cuando cae desesperada al pié de la imagen de Saturno y apoya la mano en la sien, es Niobe, la Niobe de Praxíteles, con verdaderas lágrimas en las mejillas y un rayo en las pupilas. Cuando, con un gesto indescriptible, responde á Jason que pregunta quien asesinó á sus hijos, y le dice: *Tú!* es Némesis, fatal, implacable y pavorosa. Cuando en fin, blandiendo el puñal, expresa la embriaguez suprema de la venganza, y con paso cauteloso ensaya el golpe tremendo que se prepara á asestar contra Creusa, es... es lo que no habíamos visto ni soñado nunca, es la imagen del delito, del asesinato, del horror verdaderamente sublime. Así

debe ser como se conciben y se ejecutan los grandes crímenes :

O gioja ! a notte
 Rasente i foschi muri, entrar, qual ombra
 Dov'ella posa, e in sue piume giacente
 Sotto mia man mirarla, l'aborrita
 Greca, e col ferro che improvviso piomba
 Sul suo seno, cercar nelle latebre
 Del petto l'alma.....

Es decir — « ¡ Qué placer ! deslizarme esta noche por las sombrías paredes, aparecerme como una sombra en el lecho en que reposa, mirar allí bajo mi mano á esa griega aborrecida, y cayendo mi acero como un rayo, buscar su alma en lo más hondo de su pecho !... »

Luego además del gesto, la voz, que es de una pasmosa riqueza de inflexiones. Todas las palabras salen de aquellos labios con un acento distinto, particular, y dejan en el oído, después de desvanecidas, un mundo de impresiones.

¡ Qué artista ! Otras logran adivinar una sola faz de la pasión, y esto les basta para llenar el mundo con su fama. La Ristori va más lejos. Todos los rasgos, todos los matices del sentimiento, por diversos u opuestos que parezcan, caben en aquel corazón y en aquella inteligencia ; y aparece igualmente grande y feliz á nuestros ojos, bien exprese el amor con acento melífluo é insinuante, con mirada tierna y dolorosa, bien exprese la ira con ronco rugido y acento siniestro.

No nos gusta usar calificaciones hiperbólicas ; pero hoy tomamos al público por testigo, y tenemos la seguridad de que no nos tachará de exagerados ninguno de los que vieron las dos últimas noches

Terriblemente in pié sorger Medea,

como dice ella misma en el segundo acto, con voz vibrante y poderosa, para pintar el gozo fatal de la venganza realizada.

II

MARIA ESTUARDO

Así como había en un estrecho del mar Mediterráneo, en tiempo de Homero, sirenas que fascinaban y atraían á los navegantes para precipitarlos en el abismo, así ha habido también, en el mar de la historia, mujeres, verdaderas sirenas, para fascinar y seducir la posteridad, alcanzando una absolución que nunca merecieron. Una de éstas, y de las más célebres entre todas, es María Estuardo. Como mujer y como reina cometió vergonzosas debilidades y crímenes atroces ; pero su trágica muerte ha disipado para muchos sus imperdonables extravíos, y cubierta con la aureola del martirio, ha venido hasta nosotros, trasformada en una heroína y en una santa. Severos y graves historiadores se han prestado á ser los abogados entusiastas de su causa ; nobles y generosos poetas se han hecho